



LA DEUDA DEL TERCER MUNDO Y LA ECOLOGÍA

Jorge Barraza Ibarra



Hace algunos años cuando se comenzó a considerar las soluciones ambientalistas, la ecología estaba orientada principalmente a una dimensión contemplativa de inspiración bucólica o naturalista. En los últimos años cuando este tema se aborda no se puede dejar de reconocer que se trata de un empeño civil con una doble valoración política: por un lado, la posibilidad de agregar fuerzas e intereses convergentes más allá de conceptos preconstituídos, y por el otro, la necesidad de buscar un nuevo modelo de desarrollo que urgentemente logre la conciliación de exigencias económicas y tecnológicas del progreso sin el deterioro del medio ambiente, de la calidad de la vida y de la reproducción de los recursos comunes no reproducibles.

El tema tiene diversidad de enfoques. En nuestro país las luchas de las instituciones ambientalistas por la protección del medio son permanentes frente a criterios e intereses que se empeñan en destruir los pocos recursos naturales que aun quedan para la obtención de pingües beneficios individuales, sin que importe condenar a millones de seres humanos a una lucha por la supervivencias en un ambiente deteriorado.

En algunos foros internacionales, especializados en el tema, se ha preguntado en que forma los países desarrollados al exigir el pago de las deudas externas están contribuyendo al deterioro del patrimonio de los países pobres: sus recursos naturales. Es necesario reclamar la atención sobre el hecho, cada vez más dramático

La Deuda del Tercer Mundo y la Ecología

y siempre más relevante, que se establece entre la deuda de los países subdesarrollados y la destrucción del ambiente de los mismos.

El punto de partida lo constituye el excesivo endeudamiento de los países del tercer mundo que excede los 300 mil millones de dólares y que representa sin lugar a dudas una bomba de tiempo para la economía internacional. El pago de los intereses de esta significativa deuda restringe la capacidad de los países pobres de disponer de mayores recursos para el desarrollo. En los últimos años castigados duramente por la reducción en los precios internacionales de sus escasos productos de exportación, estos países se debaten en una larga agonía a la que no se vislumbra salida. Los insuficientes ingresos de sus exportaciones y la obligación de atender el servicio de su deuda tiene en serios aprietos tanto a deudores como a acreedores. En alguna medida los países acreedores están interesados en la búsqueda de acuerdos que permitan evitar la insolvencia y al mismo tiempo impedir que se continúen deteriorando los recursos naturales de los países del tercer mundo.

La amenaza, vista desde un solo ángulo es de carácter financiero, pero tiene además el peligro de una sistemática destrucción del ambiente natural al que los países pobres deben recurrir para pagar los intereses y el capital de sus deudas.

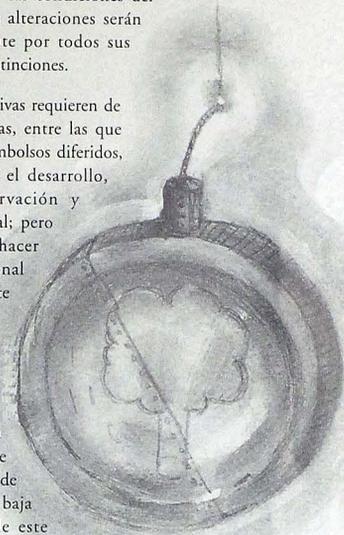
Esta situación alcanzaría en el futuro también a los países ricos. Los que no tiene dinero son sobre todo quienes carecen de los recursos y las perspectivas para obtenerlos, y al final se ve obligado por las circunstancias a vender todo lo que tiene, incluidas las joyas de la familia. Así muchos países del tercer mundo utilizan la única vía que tienen para atender sus pagos: arrasando sus recursos naturales por pingües precios, provocando una desastrosa alteración ambiental para sí y a la larga para todos los demás. El fenómeno comienza con la devastación de los bosques tropicales para obtener más espacio para satisfacer las crecientes presiones demográficas, las talas de arboles para convertirlas en madera u otro tipo de bienes convertibles en divisas, muchas veces para el pago de intereses. Al final el resultado es el envenenamiento de la atmósfera y la depredación natural, el recalentamiento de la atmósfera y los desastres hidrológicos.

Los países ricos, los acreedores, están obligados a reflexionar si lo más importante es la solución del problema financiero o la salvaguarda del patrimonio común. Este patrimonio que pertenece a la humanidad

entera obliga a proteger las condiciones del planeta, puesto que sus alteraciones serán pagadas irremisiblemente por todos sus futuros habitantes, sin distinciones.

Las difíciles perspectivas requieren de soluciones extraordinarias, entre las que pueden mencionarse reembolsos diferidos, fondos nacionales para el desarrollo, ayudas para la preservación y reconseración ambiental; pero sobre todo es urgente hacer conciencia tanto nacional como internacionalmente sobre la gravedad del problema. La escritora Susana George, autora del libro *«Como muere la otra mitad del mundo»*, llama al problema de la deuda simplemente «flic», que son las iniciales inglesas de «conflicto financiero de baja intensidad»; dentro de este contexto la deuda del tercer mundo no es una crisis sino un «flic»; esto es, una verdadera guerra. Pero esta guerra no puede ser ganada por nadie y menos por los acreedores, porque eso significaría la bancarrota de los deudores y un complemento colapso del sistema financiero mundial.

Susana George, norteamericana que ostenta un doctorado en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, se anota otro éxito con su obra *«Un destino peor que la deuda»*, en donde en forma clara y concisa plantea la tesis de que la deuda del tercer mundo podría ser una fantasía oportunidad para lograr una mayor justicia económica. La idea es atractiva, pero mantiene la interrogante de cuales pueden ser las modalidades necesarias para implementarla. Aquí la solución de la Dra. George se llama «desembolso creativo» y se contraponen a la sugestiva solución política expuesta por Fidel Castro en su oportunidad de que la única alternativa posible es no pagar las deudas dejando al Norte que se las arregle solo, utilizando el dinero de sus presupuestos militares. Esta posición tuvo aceptación en muchos países pobres agobiados por el peso de sus deudas, frente a un entorno internacional que les exige mayores gastos para mantenerse a tono con los apetitos y veleidades de un sistema de consumo mundial. Lo grave es que las nuevas generaciones de los países pobres





ENFOQUES

nacen con obligaciones financieras futuras, que les ahogan las opciones de una vida más solvente y de calidad.

La solución de no pagar las deudas a pesar de su increíble seducción es utópica y corre el peligro de que los países desarrollados cierren nuevos desembolsos y contribuciones a las necesidades que los países pobres tienen y que no pueden autosatisfacer. Es de prever un empantanamiento del sistema financiero internacional en donde estarían incluidos los bancos privados y en donde el riesgo de la insolvencia sería una permanente espada de Damocles. Al final de cuentas si la posibilidad de dejar de pagar los créditos de los países subdesarrollados se vuelve casi infinita, el riesgo de los acreedores también es casi infinito.

Debe señalarse que la deuda es un síntoma, específicamente un síntoma de un modelo de desarrollo fracasado. Si los préstamos hechos por las instituciones internacionales y los bancos privados a los países del tercer mundo no han producido beneficios, además de un problema financiero existe paralelamente un problema político, que consiste en la escasa capacidad de los proyectos impulsados de llegar hacia la gente, de beneficiar las raíces poblacionales como motores de desarrollo. Por lo contrario la experiencia nos muestra que las modalidades impulsadas incrementaron a nivel local la brecha entre pobres y ricos y que se dio a las elites africanas y latinoamericanas un mayor poder sobre las clases trabajadoras.

Posiblemente la solución descansa en un trinomio: deuda, desarrollo y democracia. Si se cumplen las condiciones para que ese trinomio funcione adecuadamente el problema de la deuda podría considerarse superado. El reto es llevar a las capas poblacionales

los recursos necesarios para iniciar ahí donde no se tiene nada las posibilidades de ejercicio de un esfuerzo productivo. Por ejemplo los prestamos a los pequeños agricultores, a las mujeres para proyectos que se generen en sus propias comunidades, pago de salarios básicos para trabajos de restauración de daños ecológicos, para la reforestación, para trabajos de irrigación y para la recolección de especies genéticas. El objetivo es colocar las opciones de desarrollo en mayores manos sin el peligro de concentración de recursos en empresas monopolíticas o en grupos sociales elitistas que arrasan con todas las alternativas posibles en los países pobres.

En 1990 se decía que cada niño brasileño que nace tiene una deuda de mil dólares con el Chase Manhattan Bank y para pagar estas deudas los países usan la única moneda que que disponen: sus recursos naturales.

El énfasis que algunas políticas económicas ponen en el fomento de exportaciones, especialmente con base en los monocultivos para mercados extranjeros tiene efectos deplorables sobre los ecosistemas. Los bosques tropicales desaparecen en la increíble cifra de 11 millones de hectáreas al año de acuerdo con estadísticas de algunas instituciones internacionales y nuevos desiertos avanzan a la velocidad de 6 millones de hectáreas anualmente. El desbosque esta provocando la muerte del planeta y la contaminación ambiental producida por los desechos tóxicos de una sociedad enloquecida en una carrera consumista que esta condenando a la muerte al planeta tierra. El consumo como la deuda es otro cáncer del capitalismo del siglo XX. Crecer para beneficiarse es el lema sin importar que el mundo agonice. Al final de cuentas serán problemas de las próximas generaciones.



Foto: Barraza Ibarra, J.